



En México se enlazarán los aniversarios de dos sagas que han marcado nuestra identidad. El movimiento de Independencia de 1810, como el de la Revolución, un siglo después, están hermanados por objetivos comunes: la integración del país por el reclamo de una legítima justicia social e individual, y el mejoramiento de las condiciones de vida de todos los grupos sociales.

Los ensayos que presentamos ahora encuentran similitudes y diferencias que pueden esclarecer la singularidad de cada evento y reconocer, más allá del amalgamamiento entre ellos y las complejidades que los conectan, los objetivos que han avanzado y los que han quedado pendientes. A propósito del 17 aniversario de nuestra revista, iniciamos con esta entrega, la publicación de una serie de reflexiones sobre la reunión de dos recuerdos esenciales que, por sumarse, debiesen fortalecer el sentido que los generó.

El Grito: símbolo, fiesta, mito e identidad

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

Comprender cómo una sociedad llega a convertirse en nación y cómo puede un grupo de personas concebir el sentimiento necesario para integrar un Estado puede llegar a ser una tarea sumamente complicada; la vieja afirmación de Renan sobre las glorias y los remordimientos colectivos es una aproximación todavía lejana a la realidad inmediata; para llegar a ella es necesario buscar en la cotidianidad de los pueblos, sumergirse en su cada día y observar, tanto con la inteligencia como con la sensibilidad en los recovecos del imaginario colectivo, de sus mitos heredados y de las esperanzas colectivas.

Es ahí donde el observador atento puede encontrar los sabores y los colores, los giros del lenguaje y los valores entendidos; las cosas que, aun en el susurro, son afirmaciones fuertes y profundas y los gritos que encarnan la voz de la conciencia colectiva. Aparentemente, desde la Ilustración, los hombres declaramos la guerra a los mitos; amparados en la luz de la razón, hemos dedicado horas, días y noches enteras a comprender la realidad para des-

truir los mitos que oscurecían el entendimiento de nuestros predecesores y, si bien este proceso ha logrado que tengamos hoy muchos satisfactores antes inimaginables, siempre quedan mitos en pie para ayudarnos a entender hechos tan complejos como nuestros orígenes o nuestra relación con el universo. El mito pervive porque los seres humanos lo necesitamos para relacionarnos con el mundo y con quienes compartimos el espacio vital.

México, por su origen complejo, es un país donde los mitos y los símbolos son cosa cotidiana; nuestra forma de ver el mundo acepta multitud de símbolos que resumen la posición y la visión del ser y del hacer de quienes hemos ido construyendo este país: el día de muertos, con su delirante sincretismo religioso; el día de la madre con su carga emotiva siempre cercana al sentimentalismo y al desquite del padre ausente; el 12 de diciembre y la atormentada fe de un pueblo siempre sometido a los abusos de las instituciones religiosas; en fin, una cauda de ceremonias que nos explican lo inexplicable de nuestro ser y que remiten, finalmente, a

mitos fundacionales sin los cuales no tendríamos rostro ni voz. Nuestros mitos aceptan la aclaración histórica, pero siempre nos hacen volver a la lectura inocente del relato oral recibido en la infancia: la mano de Obregón, la gesta de los niños héroes, el Pípila, el niño artillero, la muerte de Benito Juárez, la ignorancia de Maximiliano y hasta la bengala del 2 de octubre, están más allá de las explicaciones históricas y son verdaderos iconos de nuestra identidad.

De entre todas esas celebraciones y todos esos mitos, hay uno que tiene particular significado; es importante porque congrega a todos los mexicanos, de toda la geografía nacional y más allá, de todos los orígenes, desde el inmigrante hasta el habitante de la aldea rural más recóndita, en la comunión de unos cuantos minutos delirantes en que todos vitoreamos al país, le deseamos larga vida y honramos a nuestros padres fundadores. Ese momento es al que llamamos, afectuosa e íntimamente: el Grito.

La práctica de conmemorar el inicio de la guerra de Independencia, recordando la llamada a las armas de Miguel Hidalgo, en el pueblo de Dolores, Guanajuato, es más antigua que la propia independencia nacional. La primera conmemoración del Grito de que tengamos memoria se realizó en Huichapan —paradójicamente en el actual estado de Hidalgo—, donde Ignacio López Rayón celebró el ritual que ha llegado hasta nosotros casi sin modificaciones. Ese día, López Rayón registró en su Diario de operaciones militares:

“Día 16. Con una descarga de artillería y vuelta general de esquilas, comienza a solemnizarse en el alba de este día el glorioso recuerdo del grito de libertad dado hace dos años en la congregación de Dolores, por los ilustres héroes y señores serenísimos Hidalgo y Allende.”

El Grito es una costumbre nacional, un hecho al que está obligado todo gobernante aunque no haya una ley que determine el procedimiento ni el protocolo; pero su institucionalización se debe también a hechos prácticos, a actitudes, innovaciones en el ceremonial y aun en disposiciones jurídicas y en el discurso de cada gobernante. Lo que había nacido como un acto de reconocimiento y como una forma de estimular la moral de los combatientes se convertiría, apenas un año después, en parte de la ideología del movimiento insurgente y,

por lo mismo, en símbolo que al poco tiempo adquiriría trascendencia nacional e histórica. El 14 de septiembre de 1813, en Chilpancingo, Guerrero, José María Morelos dio a conocer uno de los documentos preconstitucionales de mayor importancia: *Los sentimientos de la nación*, que son, en realidad, un resumen de la ideología del movimiento y un embrión de lo que luego serían nuestras constituciones. En el punto 23 del documento Morelos estableció como una de las bases del futuro Estado: “Que igualmente se solemnice el día 16 de Septiembre, todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la Independencia y nuestra santa libertad comenzó, pues en ese día fue en el que se abrieron los labios de la nación para reclamar sus derechos, y empuñó la espada para ser oída, recordando siempre el mérito del grande héroe el señor don Miguel Hidalgo y su compañero don Ignacio Allende.”

Para Morelos sólo había dos fechas dignas de recordación: el 12 de diciembre y el 16 de septiembre, lo que nos permite darnos una idea del valor que, desde entonces se le daría a la ceremonia del Grito.

Desde luego, ya obtenida la independencia, uno de los ejes sobre los que se construiría la identidad nacional sería la conmemoración de la gesta de independencia y, con ella el Grito. El 4 de diciembre de 1824, Guadalupe Victoria, primer presidente de la República, decretó el 16 de septiembre como fiesta nacional. El presidente Victoria dio el Grito en 1825, curiosamente por la mañana, estableciendo el nexo que une a dicha ceremonia con el titular del poder Ejecutivo.

Tal vez la única discusión en torno al Grito sea la del cambio de su fecha que, sin embargo, no hace sino resaltar el carácter mítico y simbólico, más que el puramente histórico que le da valor a este encuentro de mexicanos. Porfirio Díaz realizó cada conmemoración de la Independencia desde el Palacio Nacional e hizo sonar la campana, émulo de la de Dolores en la noche del 15 de septiembre, haciendo coincidir la fiesta patria con su cumpleaños. Simbólicamente, no era sino un paso en la ideología de la dictadura que veía en el presidente la encarnación de la patria; sin embargo, no son pocos los historiadores que coinciden en señalar que desde el comienzo de la vida independiente de México hubo verbenas populares la noche del

15 y que estas fiestas eran una especie de obertura para el festejo oficial que, como hoy, culminaba con un desfile militar, el día 16.

Sea cierto o no que Díaz hizo coincidir el Grito con la fecha de su cumpleaños, poco importa para el sentido sacramental del festejo; el hecho es que hoy nadie se pregunta, al momento de la fiesta, si es correcto seguirla realizando el 15 o si hay que trasladarla de nuevo al 16 como en los primeros tiempos. Antes bien, lo importante es celebrar, romper las barreras de clases y regiones, unirse al Grito del presidente y honrar, como dice la frase sacramental “a quienes nos dieron patria”.

Así, a partir de los tiempos de la lucha por la independencia y hasta nuestros días, México ha celebrado el ritual del Grito, salvo en el año de 1847, cuando el país estaba invadido por los estadounidenses. Esa única excepción, traducida casi en imposibilidad física, ha representado la institución más incontrovertible de nuestro imaginario colectivo; un punto en el que todos estamos de acuerdo y que todos celebramos con igual entusiasmo y devoción.

El Grito, sin embargo, no es una representación del de Dolores, ni siquiera tiene un ceremonial fijo o definido y aunque tiene una tradición férrea, cada presidente le imprime su propio estilo, haciendo de ella una fiesta viva y cambiante; así, en los tiempos modernos –a partir de Cárdenas– los presidentes, durante el quinto año de su gobierno, acostumbran dar el Grito en la ciudad de Dolores Hidalgo, Guanajuato; lo hicieron así Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid. Carlos Salinas de Gortari viajó a Dolores hasta el sexto año de su gobierno y Ernesto Zedillo dio el grito los seis años de su periodo desde el balcón central de Palacio Nacional.

La misma arenga sufre transformaciones con cierta frecuencia, especialmente cuando el mandatario quiere hacer resaltar algún elemento particular de su tiempo y gobierno; el general Cárdenas vitoreó a la “Revolución social” y López Mateos,

haciendo gala de su ideología, no sólo invocó a los héroes de la Independencia, sino también lanzó un viva a la “Revolución mexicana”; Luis Echeverría innovó con la frase “¡Vivan los países del tercer mundo!”; José López Portillo estableció el reconocimiento, por primera vez, a una mujer: “¡Viva la corregidora Josefa Ortiz de Domínguez!”, y Ernesto Zedillo buscó crear conciencia del cambio cualitativo en su gobierno: “¡Viva nuestra libertad!, ¡Viva la justicia!, ¡Viva la democracia!, ¡Viva la unidad de todos los mexicanos!”; aunque sin duda, el más errático de todos fue Vicente Fox que comenzaba cada ceremonia sustituyendo el gramaticalmente correcto “Mexicanos”, por su típico “Mexicanas y mexicanos” y que cada año añadía o quitaba elementos, llegando en 2001 a vitorear “nuestros acuerdos” aunque nunca dijo cuáles, o a establecer vítores del todo nuevos y no precisamente relacionados con la Independencia: “Viva la democracia y la libertad, viva la concordia y la solidaridad, viva la unidad de las y los mexicanos, viva la patria, viva México”.

Es necesario decir que, en realidad, también existe una tradición de ceremonias del Grito distintas de la presidencial y que todas ellas han sido actos de resistencia y oposición política dignas de ser tomadas en cuenta; en 1968, Heberto Castillo dio el Grito en la Ciudad Universitaria; en 1988, Manuel Clouthier lo hizo en el Ángel de la Independencia y así, en más de una ocasión, el Grito ha sido un catalizador de las luchas sociales y políticas del país.

A fin de cuentas, el Grito representa el ansia vital del pueblo mexicano, su afirmación nacional y el reconocimiento de las luchas que le han permitido existir y seguir existiendo. En su núcleo más íntimo, está la afirmación que siempre sobrevive, que nunca se pierde y se repite, año con año, congregando las voces de todos los mexicanos, de cualquier ideología o clase social: “¡Viva México!” Lo demás es evolución, circunstancia y anecdótico.